

LITERATURA Y FILOSOFIA DE «LO MEXICANO»

por Francisco Javier ORDIZ VAZQUEZ

América fue, desde sus orígenes, un Continente en busca de una definición. En el Renacimiento, el nuevo mundo recién conquistado se convirtió en el lugar hacia el cual se proyectaron los sueños idealistas de un gran número de pensadores insatisfechos con la realidad del mundo occidental. Las nuevas tierras fueron concebidas como el escenario donde era posible la utopía, concepto éste profundamente arraigado en el milenarismo medieval, que propugnaba la destrucción necesaria de la maldad terrena y la creación de un mundo nuevo y distinto donde sólo reinarían los justos. Estas fantasías milenaristas hunden sus raíces en lo que Ernst Cassirer denomina «pensamiento mítico»¹ y más concretamente en el llamado «mito de la Edad de Oro», centrado en la creencia de un paraíso primordial, del cual el hombre fue expulsado y al que regresará en un futuro indeterminado. La idea central de esta doctrina, como señala Norman Cohn, se basa en la evidencia de un «cataclismo del que iba a salir el mundo totalmente redimido y transformado»², y que estos hombres veían cercano³.

En este ambiente mesiánico y apocalíptico se desarrollan las primeras grandes expediciones y se inicia la época de los descubrimientos, cuyo fundamento ideológico resume así Mircea Eliade:

La colonización de las dos Américas empezó bajo un signo escatológico: las gentes creían que había llegado la hora de renovar el mundo cristiano, y la verdadera renovación era la vuelta al paraíso terrenal o, cuando menos, el comienzo, otra vez, de la Historia Sagrada, la reiteración de los prodigiosos acontecimientos de que se habla en la Biblia⁴.

(1) Vid. CASSIRER, Ernst, *Filosofía de las formas simbólicas*, tomo II, México, FCE, 1972, pp. 51-89.

(2) COHN, Norman, *En pos del milenio*, Madrid, Alianza Editorial, 1981, p. 282.

(3) El propio Cohn, junto con otros autores como Mircea Eliade, señala la pervivencia en la actualidad de estas ideas relativas a la necesaria Apocalipsis que ha de originar un nuevo Génesis. El ejemplo más claro se encontraría en teorías políticas como el nazismo, o más claramente el comunismo, que espera en un futuro inconcreto el triunfo del justo, identificado con el proletario, sobre las fuerzas del mal, representadas por el capitalismo.

(4) ELIADE, Mircea, «Paraíso y utopía: geografía mítica y escatológica», en FRANK E., Manuel (comp.), *Utopía y pensamiento utópico*, Madrid, Espasa-Calpe, 1982, p. 315.

América comienza siendo el lugar de la *utopía*, la plasmación concreta, en un lugar determinado, de los ideales de transformación del europeo, y el primero en identificar la tierra nueva con el paraíso terrenal fue el propio Cristóbal Colón, tal y como se puede deducir de sus escritos, de los que es muestra el siguiente párrafo:

Dios me hizo mensajero del nuevo cielo y de la nueva tierra, de los que El habló en el Apocalipsis de San Juan, después de hablar de ello por boca de Isaías; y me mostró el lugar donde encontrarlo⁵.

Los ideales utópicos del Renacimiento, desarrollados por autores de la talla de Moro, Campanella y Bacon, fueron determinantes en la contemplación que el europeo hizo del nuevo mundo. A ello se ha de añadir el gran impacto que la teoría de las tres edades de Joaquín de Fiore —fuertemente enraizada en las esperanzas milenaristas— había causado en el orden franciscana, muchos de cuyos miembros, excitada su imaginación por la visión idílica transmitida por los cronistas, creyeron ver en estas tierras el espacio en donde habría de iniciarse la construcción de ese tercer tiempo de paz y felicidad que dejase atrás la maldad del occidente civilizado⁶. De esta forma, entre 1524 y 1564 los primeros misioneros desarrollan en México una labor tendente a la creación de un estado cristiano e indígena, no «contaminado» por las ideas de los españoles⁷.

Pero muy pronto la utopía acaba sucumbiendo ante la realidad de la historia y de la epopeya⁸. Frente a esa valoración del indio que llevaron a cabo los misioneros, se encontraba una Administración recién nacida que los consideraba en un nivel infra-humano cercano a la animalidad. En palabras de Leopoldo Zea, los indios eran tenidos como «esas bestias con las cuales también se tropezaba el conquistador y a las cuales destruía o ponía a su servicio, según que fuesen o no dóciles a la domesticación»⁹. Este hecho determina que, a partir del siglo XVI, comiencen a surgir los primeros planteamientos acerca del ser del hombre americano, centrados en un primer momento en las disputas sobre la «humanidad» del indio que alcanzan su punto más importante en la famosa polémica entablada entre Sepúlveda —defensor de la subordinación del indígena— y el P. Las Casas, que sostenía la igualdad de los hombres en base a la teoría cristiana.

(5) Cit. por Mircea ELIADE, *Ibid.*, p. 315.

(6) Tales son, por ejemplo, los impulsos que guían a misioneros como Jerónimo de Mendieta o Fray Toribio Motolinía. Al respecto, vid. BAUDOT, Georges, *Utopía e historia en México*, Madrid, Espasa-Calpe, 1983.

(7) *Ibid.*, p. 99.

(8) Esta idea la he tomado de Carlos Fuentes, quien interpreta la historia profunda de la América española como el producto de una tensión entre utopía, epopeya y mito. El nuevo mundo fue concebido, en primer lugar, bajo las pautas de la utopía; ésta fue posteriormente negada por las necesidades históricas de la epopeya, que, a su vez, ha dejado o su lugar al mito, que caracteriza la actualidad del Continente. Estos conceptos los expone en su ensayo *La nueva novela hispanoamericana*, México, Joaquín Mortiz, 1980, pp. 59-67.

(9) ZEA, Leopoldo, *El occidente y la conciencia de México*, México, Ed. Porrúa, 1974, p. 63.

Pero la evidencia muestra que desde el momento en que se establece la Administración española, el indio se ve obligado a abandonar o enmascarar su cultura y a adoptar la de los conquistadores si quiere sobrevivir. Se inicia así un proceso que dará lugar al mestizaje característico de amplias zonas de América, principalmente de aquéllas en donde las culturas prehispánicas tuvieron una mayor implantación. La coexistencia de razas y la superposición fundamentan este mestizaje, que en varias partes del continente se une a un tercer factor: el sustrato importado por los antiguos esclavos africanos, que añade un elemento más a esa amalgama que se había ido formando desde la conquista.

América aparece conformada étnicamente como una zona de «aluvión», donde sucesivos aportes, unidos a un sustrato indígena, han dado como fruto la existencia de un concepto borroso e impreciso acerca de lo que podrían ser sus propias señas de identidad. A intentar solucionar este problema se han dedicado en el presente siglo un gran número de intelectuales hispanoamericanos, como se verá parcialmente a continuación.

La ausencia de modelos propios determinó que durante mucho tiempo el hombre americano acudiera al exterior —principalmente a Europa— en busca de sus pautas culturales. En el caso de México —país en el que se centrarán las siguientes reflexiones—, tras una etapa de cultura española, se vuelven los ojos hacia Francia, y de esta forma, principalmente en época de Díaz, penetran los gustos, las modas, la arquitectura y hasta la lengua de este país. En el fondo latía el problema de la identidad: el americano —el mexicano— no sabía realmente quién era; ya no era español ni se sentía indígena y no sabía definir su carácter mestizo. Esto le conducía a un complejo de inferioridad que provocaba la imitación de los modelos de vida europeos, en donde se cifraban los ideales de civilización que se deseaba implantar en el país.

Pero a comienzos del siglo XX la situación empieza a cambiar. Un grupo de jóvenes pensadores mexicanos comienza a analizar con gran lucidez el problema de la falta de identidad que desde su origen ha marcado la nación y denuncia acremente la presencia de esos modelos importados que sólo sirven para enmascarar la auténtica realidad. Ellos son el germen de la amplia corriente filosófica que a partir de los años treinta se va a plantear de forma directa los problemas del país y de sus gentes, temas que se extenderán a todos los órdenes de la cultura, y que forman lo que se ha venido llamando «filosofía de lo mexicano».

* * *

El grupo de jóvenes filósofos que intentan romper con el orden anterior estaba compuesto esencialmente por José Vasconcelos, Antonio Caso, Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña y Diego Rivera. El primer manifiesto público de su descontento tuvo lugar en el año 1907, con la fundación de la llamada «sociedad de conferencias», que constituyó el

germen de lo que en 1909 será el *Ateneo de la Juventud*; éste tendría una corta vida hasta 1914, pero habría de ejercer gran influencia sobre las generaciones posteriores. Al lado de la importante labor de creación llevada a cabo por estos autores, se encuentran logros de mención, como es el caso de la organización de la efímera Universidad Popular de México.

En los estudios filosóficos se comienza una labor de introspección en el alma nacional que no había sido encarada hasta la fecha, y a esta labor de auto-análisis contribuyeron dos hechos significativos: el estallido de la revolución mexicana y la Primera Guerra Mundial, que causó un gran desencanto entre los intelectuales europeístas. La Revolución supuso la explosión de un nuevo instinto reformador íntimamente unido a un estrecho nacionalismo y a un rescate de los valores de la cultura indígena. A partir de entonces, como señala Leopoldo Zea:

Lo indígena matizó todas las expresiones culturales, sociales, políticas y económicas del país. Representó a la nación misma; (...) El indígena representaría ahora ese elemento cuya resistencia a toda imposición extraña había permitido la creación de un auténtico espíritu nacional¹⁰.

Se empieza a contemplar al país como una realidad multiforme, mestiza, con notas diferenciadoras y alejadas de toda semejanza con modelos exteriores. El ambiente intelectual, preparado por los ateneístas, va a profundizar en estos problemas, los cuales van a reflejarse en la producción literaria de las primeras décadas del siglo XX. Buen número de escritores abandonan el cultivo de tendencias foráneas y se entregan a una búsqueda de «lo nacional», tomando los temas y la inspiración en lo autóctono. El máximo representante de esta corriente en el terreno de la poesía va a ser Ramón López Velarde, quien en sus obras *La sangre devota* (1916), *Zozobra* (1919) y *El son del corazón* (1932) refleja su intención de apartarse de las pautas europeas. Otro tanto sucede en el campo teatral, donde surge una tendencia nacionalista e «indigenista» representada por autores como Rafael de Saavedra, creador de un tipo de teatro basado en motivos indígenas, o Luis Quintanilla, fundador en 1927 del llamado «Teatro del Murciélagos». En el Yucatán se forma también un tipo de teatro regional en el que lo autóctono se mezcla con resabios del sainete lírico español. En los años veinte esta dirección «nacionalista» adquirió una gran importancia literaria debido al nacimiento del «Grupo de los siete autores»¹¹. En el género narrativo los escritores reaccionan de maneras diferentes ante el contexto, y ello da lugar a la aparición de tres direcciones fundamentales: el *colonialismo*, la *novela de la Revolución* y el *indigenismo*.

La novela «colonialista» se centraba en distintos momentos de la historia de México, y a sus autores les guiaba una clara pretensión de huida

(10) *Ibíd.*, p. 92.

(11) Formaban parte de él José Joaquín Gamboa, Francisco Monterde, Carlos Noriega Hope, Víctor Manuel Díez Barroso, Ricardo Parada León y los hermanos Lázaro y Carlos Lozano García.

del presente, marcado por la acción revolucionaria. Entre sus más destacados cultivadores se encuentran Francisco Monterde y Artemio del Valle-Arizpe, que llevaron esta temática a su más alto grado de perfección.

Mucha mayor importancia iba a tener la «novela de la Revolución Mexicana», centrada en el ambiente bélico y las campañas de los caudillos, cuyos ecos llegan hasta la narrativa actual¹². En sus primeros momentos se trata de unos relatos de índole básicamente documental, en los que se describe el proceso sin teorizar nunca sobre él. Es evidente su gran carga nacionalista y su preocupación por la identidad del país; de forma que, según Marta Portal, la esencia del relato encerraba «una pregunta hacia dentro, sobre el sentido de la mexicanidad, y una pregunta hacia fuera, sobre el sentido de la mexicanidad en relación con el exterior»¹³. La obra fundamental dentro de esta corriente es *Los de abajo* (1915) de Mariano Azuela, que fue seguida, sobre todo en los años treinta, por un amplio número de relatos como *El águila y la serpiente* (1928) y *La sombra del caudillo* (1929) de Martín Luis Guzmán; *Tierra* (1932) y *¡Mi general!* (1934) de Gregorio López y Fuentes, y una lista interminable de obras que hicieron de ésta la corriente temática más importante de México en el presente siglo.

Por su parte, la novela indigenista, nacida del impulso por la revalorización de lo autóctono, se alimentaba de conceptos similares a la anterior. En sus primeros momentos desarrolla una denuncia de las condiciones de vida del indígena y del trato inhumano a que frecuentemente se le sometía. Obras destacadas son *La tierra del faisán y del venado* (1922) de Antonio Mediz Bolio, y *El indio* (1935) de Gregorio López y Fuentes, a las que siguieron, entre otras, *La rebelión de los colgados* (1936) de B. Traven, y *El resplandor* (1937) de Mauricio Magdaleno.

La fecha clave en el planteamiento ideológico de «lo mexicano» tiene lugar en 1934, año en que Samuel Ramos publica su libro *El perfil del hombre y la cultura en México*, que inicia ya de una manera decidida y profunda las investigaciones sobre el habitante del país. A partir de esta obra, que viene a recoger la herencia de los filósofos del *Ateneo de la Juventud*, se generaliza la corriente de auto-análisis con el fin de desentrañar los problemas relativos al origen, la identidad y el futuro, en una problemática que en buena medida aún hoy perdura en el ambiente cultural de la nación.

* * *

(12) Varios críticos consideraron *Al filo del agua* (1947), de Agustín Yáñez, como la novela que cerraba este ciclo revolucionario. Sin embargo, otros muchos, como Marta Portal, prefirieron hablar de distintas etapas dentro de esta temática; a grandes rasgos, comprendería una primera parte —con los hechos aún «frescos» y dominada por la «épica»— y una segunda de reflexión y análisis sobre el hecho que perdura en la narrativa actual. Vid. PORTAL, Marta, *Proceso narrativo de la revolución mexicana*. Madrid, Espasa-Calpe, 1980.

(13) PORTAL, Marta, Introducción a la ed. de Azuela, Mariano, *Los de abajo*, Madrid, Cátedra, 1980, p. 34.

Samuel Ramos parte en su estudio de una perspectiva psicoanalítica influida por las teorías de Adler, y en esta línea considera que para llegar a comprender la filosofía o el carácter del mexicano es preciso conocer la historia de las distintas etapas y aportes diversos que han ido formando su inconsciente. Se trata de la proyección hacia el terreno del análisis histórico del concepto de «abreacción» acuñado por Freud, según el cual la resolución de los problemas y traumas psíquicos, pasa por el retorno a las fases de infancia y adolescencia en donde se fundamentan las bases de la personalidad. De esta forma, Ramos comienza rastreando en los primeros periodos de la historia de México aquellos rasgos caracteriológicos que han perdurado en la actualidad, y su mirada se detiene en el momento de la independencia, en el que halla el germen de ese «sentimiento de inferioridad» del habitante del país, que será el elemento nuclear de su tesis. El tema lo desarrolla principalmente en el capítulo titulado «Psicoanálisis del mexicano», en el cual estudia la actitud de individuos pertenecientes a distintos estratos sociales bajo la premisa de que «La psicología del mexicano es resultante de las reacciones para ocultar su sentimiento de inferioridad»¹⁴. De esta forma, interpreta el clásico «machismo» mexicano como un intento de supervaloración del «yo» para superar ese complejo, del cual deriva también la excesiva susceptibilidad, evidente sobre todo en el habitante de la ciudad, quien «todo lo interpreta como una ofensa (...). Su percepción es ya francamente anormal (...). A menudo estas reacciones patológicas lo llevan muy lejos, hasta a cometer delitos innecesarios»¹⁵. Es también intención de Ramos el superar cierto indigenismo pintoresco, que había surgido a raíz de la Revolución, y valorar la vertiente europea del americano frente al estrecho nacionalismo que había aislado prácticamente al país. Propone así una perspectiva «universalista», según la cual el «alma nacional» se ha de estudiar como una parte más del ser del hombre universal. Para él, el punto ideal de esa reflexión sería considerar «la personalidad de acuerdo con una fórmula matemática que reúna lo específico del carácter nacional y la universalidad de sus valores (...). La norma del "nacionalismo" debía ser ésta: acendrar nuestra vida propia, sin menoscabo de acercarla al plano de las formas universales»¹⁶. Con esta postura Ramos inaugura una nueva vertiente en el planteamiento de esta temática, que será continuada por numerosos filósofos posteriores. Su obra supone también el inicio de una polémica entre los partidarios de ese «universalismo» y aquellos que seguían aferrados a ideas estrechamente nacionalistas y que en muchos casos veían a la cultura indígena como lo más auténtico del alma mexicana. Esta controversia se mantuvo durante cierto tiempo en los ámbitos culturales e influyó de forma decisiva en la nueva generación de novelistas.

(14) RAMOS, Samuel, *El perfil del hombre y la cultura en México*, México, Espasa-Calpe, 1951 (col. Austral, n.º 1080), p. 53.

(15) *Ibíd.*, p. 60.

(16) *Ibíd.*, p. 98.

El autor que se hace eco de forma más evidente de esta problemática es Carlos Fuentes, que convierte su primera novela, *La región más transparente* (1958), en el marco en donde se van a debatir las distintas posturas encontradas sobre este tema. El protagonista, Ixca Cienfuegos, junto con su madre, Teódula Moctezuma, representa esa postura nostálgica de regreso al pasado, al que intenta volver por medio de la celebración de un sacrificio propiciatorio. En su camino en busca de la víctima adecuada, Ixca va conociendo la realidad del país y se encuentra con diversos personajes que contradicen su visión utópica. La respuesta más enérgica es la del pensador Manuel Zamacona, quien piensa que México es una nación mestiza que sólo encontrará su originalidad mirando hacia adelante, no retornando al pasado:

Ser para los ciclos, alimentar al astro, vivir bajo el signo de la naturaleza increada. No, no tienen razón: todo eso sólo nos explica parcialmente. Y no es posible resucitarlo. Para bien o para mal, México ya es otra cosa. Es ese algo radicalmente diverso lo que hay que explicar, en su totalidad, y enfocándolo hacia el futuro, hacia su integración, no basándolo en un asesinato colectivo¹⁷.

Tras sus intentos fallidos, y el conocimiento adquirido por medio de sus «viajes», el propio Ixca acabará desengañado de su proyecto:

Todo fue un juego espantoso, nada más, un juego de ritos olvidados y signos y palabras muertas¹⁸.

* * *

La sucesión de las guerras española y mundial traen una cierta modificación en la marcha de estas especulaciones. La cultura mexicana va a comenzar a salir de su aislamiento, guiada por los aires de universalismo preconizados por Ramos y por las reflexiones que produce el ambiente bélico. Se empieza a pensar que el mexicano, en realidad, no es un ser muy distinto de los demás, al tiempo que se desmorona ese mito de la «vida civilizada» del europeo. La cultura mexicana ya no será considerada como algo «excéntrico», alejado del núcleo rector del mundo occidental, y se tenderá a valorar al habitante del país como un hombre como cualquier otro, aunque sujeto a unas circunstancias particulares. Alfonso Reyes, ex-ateneísta, es uno de los primeros que ve el problema con claridad. En su artículo «Notas sobre la inteligencia americana» (1937) señala que hasta época reciente el intelectual hispanoamericano poseía un indudable sentimiento de inferioridad con respecto a la cultura occidental; sentía «encima de las desgracias de ser humano y de ser moderno, la muy específica de ser

(17) FUENTES, Carlos, *La región más transparente (RMT)*, Madrid, Cátedra, 1982, pp. 197-198.

(18) *Ibid.*, p. 544.

americano; es decir, nacido y arraigado en un suelo que no era el foco actual de la civilización, sino una sucursal del mundo»¹⁹. Pero hoy día, Hispanoamérica ha llegado a su mayoría de edad y reclama un sitio en el mundo, de ahí que Reyes finalice su artículo con esta llamada:

Y ahora yo digo ante el tribunal de pensadores internacionales que me escucha: reconocednos el derecho a la ciudadanía universal que ya hemos conquistado. Hemos alcanzado la mayoría de edad. Muy pronto os habituaréis a contar con nosotros²⁰.

El existencialismo, junto con las ideas de Ortega y Gasset traídas por los republicanos exiliados, penetra de forma significativa en la filosofía. Así, al psicologismo anterior se le une la visión del habitante del país como un ser humano condicionado por su propia circunstancia. Esta dirección, iniciada en los años cuarenta, es paralela a otras que se suceden en diversas partes del continente, como es el caso de Argentina, donde pensadores como Ezequiel Martínez Estrada, Jorge Luis Borges, Eduardo Mallea o Héctor A. Murena desarrollan una labor de búsqueda de la identidad nacional. En todos los casos se llega a la misma conclusión: el americano es una persona igual que las demás, pero en unas condiciones distintas.

Este va a ser el núcleo principal de las ideas sostenidas por un buen número de filósofos que, dirigidos por el magisterio de los ateneístas, comienzan su actividad por estos años. Se trata del llamado «grupo *Hiperión*».

* * *

Este colectivo se organiza en el año 1949, y sus principales integrantes son Emilio Uranga, Luis Villoro, Jorge Portilla, Ricardo Guerra, Joaquín Sánchez MacGrégor, Salvador Reyes Nevares y Fausto Vega. Su cabeza visible es Leopoldo Zea, quien define como principal preocupación del grupo «la de mostrar al hombre de México el conjunto de sus posibilidades, las mismas de todos los hombres»²¹. Estos autores desarrollan un importante número de actividades culturales, entre las que destaca el ciclo de conferencias organizado en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, en Octubre de 1949, bajo el significativo título «¿Qué es el mexicano?», que fue seguido en invierno de 1951 por un curso denominado «El mexicano y su cultura». En estos seminarios y charlas participaron activamente personalidades de relieve, como Samuel Ramos, principal guía ideológico del *Hiperión*, y el español José Gaos, defensor del *universalismo* del pensamiento hispanoamericano. Pero *quiza* la labor más importante de este

(19) REYES, Alfonso, «Notas sobre la inteligencia americana», en MARTINEZ, José Luis, *El ensayo mexicano moderno*, México, FCE, 1958, p. 310.

(20) *Ibid.*, p. 311.

(21) ZEA, Leopoldo, *Conciencia y posibilidad del mexicano*, México, Ed. Porrúa, 1974, p. 42.

colectivo fue la creación de la colección que, bajo el título «México y lo mexicano», fue reuniendo las obras más importantes y significativas del momento en esta materia.

El inspirador de este grupo, Leopoldo Zea, en sus abundantes ensayos desarrolla ampliamente sus tesis sobre el país y sus habitantes. Su postura central podría quedar perfectamente resumida en las siguientes líneas:

El hombre occidental y la cultura occidental no son sino una expresión del hombre enmarcado en una absurda pretensión de universalidad. El hombre de la América, a su vez, se ha arrancado la máscara en que ocultaba lo humano por excelencia, la máscara que su sentimiento de ser menos que un hombre le había hecho adoptar. Antes que mexicano, argentino, chileno o lo que se quiera, era un hombre. Un hombre en situación, en una determinada circunstancia, pero un hombre sin más²².

Sin embargo, la obra definitiva, auténtico «clásico» del pensamiento mexicano actual, no se va a producir dentro del *Hiperión*, sino que será un poeta, Octavio Paz, quien en 1950, tras haber sido testigo de las transformaciones de su país y de la guerra española, escribe ese gran compendio y resumen de la mexicanidad que es *El laberinto de la soledad*.

Octavio Paz parte en su planteamiento del anterior concepto de universalismo, pero dirigido hacia un aspecto muy determinado: la soledad humana. Hoy día el mexicano es un hombre que se siente solo, hecho en el que se iguala al resto de la humanidad. En una primera parte de su obra el autor pasa revista a lo que él considera los rasgos más evidentes de la caractereología del habitante del país. Entre otras cosas, pone de relieve la tendencia al enmascaramiento u ocultación de la personalidad, que se derrumba en el rito de la fiesta, o el culto a la muerte, teñido a menudo de ribetes morbosos. La segunda parte adquiere una mayor importancia e interés, puesto que en ella Paz intenta explicar el origen del carácter mexicano. Para ello emprende un amplio repaso de la Historia, que para él contiene las respuestas al dilema del país y de sus habitantes. El procedimiento posee un evidente influjo de la técnica psicoanalítica, ya advertida en la obra de Ramos, que en el caso de Paz se entremezcla con una interpretación del proceso histórico basada en paradigmas míticos, hecho que constituye la auténtica novedad de su estudio²³. El poeta-filósofo parte de la definición del mexicano como un personaje servil y sometido, y acude a la Historia para hallar el origen del trauma y su desarrollo posterior. Para ello, parte del momento en que se inicia el proceso del México actual: la conquista. Paz señala que en su país se interpreta este instante como el acto de violación perpetrada por el «macho» —identificado en la mente popular con el conquistador español— sobre la mujer india, trasunto de la

(22) ZEA, Leopoldo, *La filosofía americana como filosofía sin más*, México, Siglo XXI, 1969, p. 106.

(23) Sobre este tema, vid. MERMALL, Thomas, «Octavio Paz: "El laberinto de la soledad" y el psicoanálisis», en *Cuadernos Americanos*, CLVI, 1968, n.º 1, pp. 97-114.

cultura prehispánica y que encuentra su proyección en la Malinche. El mexicano es hijo de una violencia original producida por el sometimiento forzado a una cultura ajena; es un «hijo de la Malinche», de la madre violada, y ello le lleva a renegar de sus orígenes:

El mexicano no quiere ser ni indio ni español. Tampoco quiere descender de ellos. Lo niega. Y no se afirma en tanto que mestizo, sino como abstracción: es un hombre, se vuelve hijo de la nada. El empieza en sí mismo²⁴.

Como indica Thomas Mermall, se trata de una interpretación que hunde sus raíces en el mito:

Paz, como Freud, reconoce que la historia se cree (sic) es como el resultado de las manifestaciones o proyecciones irracionales del mito. (...) Con la conquista se introduce un despotismo patriarcal que funciona bajo cualquier ideología conveniente y que el mexicano identifica con el *macho*, a quien resiente y niega²⁵.

La opresión del comienzo se ha perpetuado bajo distintas máscaras en los ciclos repetidos de la historia mexicana. El proceso encuentra su reflejo más inmediato en el verbo «chingar» —«santo y seña de México»—, que resume esa idea de «hacer violencia sobre otro» y fundamenta la dialéctica que se establece entre el macho-chingón-dominador y el chingado-oprimido. El tema, como vuelve a señalar Thomas Mermall, tiene evidentes conexiones con el «pensamiento mítico»:

En el plano mítico, al cometerse el primer parricidio (situación arcaica) apunta Freud los hijos, por un sentimiento de culpa perpetuaron el orden social establecido por el padre, hecho que dio origen a la tradición²⁶.

En estos aspectos cifra Paz el proceso histórico del país. El hombre, guiado por ese contenido mítico universal del «retorno al paraíso» y la Edad de Oro perdida, intenta huir, escaparse de esa «historia» en la que ha caído a causa de la «falta» del origen. Esta ideología late en el fondo de todos los movimientos revolucionarios que han existido en el país. La Independencia, la Reforma, la Revolución no son sino sucesivas «fundaciones» que pretendían negar el pasado y crear un nuevo mundo. Pero la dialéctica de la «chingada» se ha impuesto una y otra vez, y ha aplastado la utopía. El resultado de todas estas convulsiones violentas ha sido la mera sustitución de una oligarquía por otra, que ha mantenido prácticamente las mismas estructuras de dominación y opresión que las anteriores. La historia mexicana es contemplada bajo los parámetros de un «tiempo cíclico», exponente del «eterno presente» del mito, en cuyo prisma, el «acontecimien-

(24) PAZ, Octavio, *El laberinto de la soledad*, México, FCE, 1959 (2.ª ed.), pp. 78-79.

(25) MERMALL, Thomas, *op. cit.*, p. 104.

(26) *Ibid.*, p. 107.

to primordial», arraigado como vestigio determinante en la personalidad del mexicano, se repite eternamente.

Paz, en su epílogo, plantea la solución en términos similares: el hombre —y no sólo el mexicano— ha de trascender ese tiempo que lo domina y superar su soledad mediante la «comunidad» con el «otro», única forma de restaurar el paraíso primordial perdido. El amor es el medio que puede conducirle a superar ese «laberinto de la soledad» en que se halla inmerso:

El hombre es el único ser que se siente solo y es el único que es búsqueda de otro. Su naturaleza (...) consiste en un aspirar a realizarse en otro. El hombre es nostalgia y búsqueda de comunión. (...) Y le pedimos al amor —que, siendo deseo, es hambre de comunión, hambre de caer y morir tanto como de renacer— que nos dé un pedazo de vida verdadera. No le pedimos la felicidad, ni el reposo, sino un instante, sólo un instante, de vida plena, en la que se fundan los contrarios y vida y muerte, tiempo y eternidad, pacten²⁷.

* * *

Las ideas de Octavio Paz se van a dejar sentir en la nueva generación de escritores mexicanos que comienzan a escribir en la década de los cincuenta, y que protagonizan un giro importante en la orientación que hasta entonces había seguido la literatura de su país. Esto es evidente sobre todo en el campo de la narrativa, donde a la pujanza de la novela de la revolución, centrada temáticamente en la épica revolucionaria, le sucede una reflexión crítica sobre los resultados de la misma. El intelectual, pasados los momentos de acción, comienza a tomar perspectiva y a valorar lo que realmente ha producido el levantamiento iniciado en 1910. Esto acarrea un análisis introspectivo que intenta dilucidar las causas y efectos de lo ocurrido y que se imbrica profundamente con las influencias emanadas del grupo *Hiperión* y de *El laberinto de la soledad*. La preocupación por «lo mexicano», en los términos expuestos por estos filósofos, comienza a salir del ámbito del ensayo especulativo y a penetrar en otros géneros, como el teatro —con Rodolfo Usigli o Emilio Carballido— o la poesía, con autores como Carlos Pellicer o el propio Octavio Paz. En el campo de la narrativa, la aparición en 1947 de *Al filo del agua*, de Agustín Yáñez, marca el comienzo de las reflexiones críticas sobre el período inmediatamente anterior. Esta novela, junto con *Pedro Páramo* (1953), marca el final de la «novela de la revolución» (al menos en su faceta «épica») y supone el inicio de la corriente que intenta comprender la existencia del mexicano; estas ideas se traslucen en novelas de escritores jóvenes, como es el caso de Rosario Castellanos, que con *Balún-Canán* (1957) y *Oficio de Tinieblas* (1962) prolonga en cierto sentido la narrativa indigenista anterior, o, ya más adelante, la obra de autores como Luis Spota o Vicente Leñero. Pero el novelista que, sin duda alguna, recibió el mayor impacto de estos temas fue Carlos Fuentes, quien en sus dos primeras novelas, *La región más*

(27) PAZ, Octavio, *op. cit.*, pp. 175-177.

transparente (1958) y *La muerte de Artemio Cruz* (1962), plasma y debate las ideas del momento.

En el primer relato *Ixca Cienfuegos*, como ya se ha señalado, desea el retorno al pasado prehispánico, que identifica con el paraíso primordial. En posición distinta se halla el intelectual Manuel Zamacona, en cuyas intervenciones se traslucen con claridad las opiniones expuestas por Paz en *El laberinto de la soledad*. Al igual que el poeta, el personaje verá en el complejo de «hijos de la Malinche» el problema del origen del mexicano:

Yo mismo no sé cuál es el origen de mi sangre; no conozco a mi padre, sólo a mi madre. Los mexicanos nunca saben quién es su padre; quieren conocer a su madre, defenderla, rescatarla (...). El padre consumó lo que nosotros nunca podremos consumir: la conquista de la madre. Es el verdadero macho y lo resentimos²⁸.

En sus meditaciones también pone de relieve el mestizaje del país, producto de la acumulación cultural, así como los resultados negativos de esa constante copia de modelos extranjeros:

Sólo México es el mundo radicalmente ajeno a Europa que debe aceptar la fatalidad de la penetración total de Europa y decir las palabras y las formas de vida, de la fe, europeas, aunque la sustancia de su vida y su fe sean de signo diverso²⁹.

Para el autor, el nacimiento de México se fundamenta en una violencia original que se perpetúa en la actualidad bajo la forma de dominación ejercida por los ex-revolucionarios que salieron triunfantes. El representante de esta nueva clase es Federico Robles, hombre sin escrúpulos que, sin embargo, se «salva» humanamente en su amor por Hortensia Chacón³⁰. El machismo y la agresividad, hijos del acto original, se dejan sentir en las clases más bajas, encarnadas por Gabriel, Beto, Tuno y Fifo. De esa violencia, a menudo gratuita, será víctima el propio Zamacona:

—Perdón, ¿me podrían vender unos litros de...?

Unos de los hombres le dio la cara a Manuel Zamacona; desprendido como un trompo de la barra de madera, (...) disparó su pistola dos, tres, cinco veces sobre el cuerpo de Zamacona.

Manuel dejó caer el bote de aluminio, se clavó las manos en el estómago (...) y cayó muerto.

—A mí nadie me mira así —dijo el hombre con ojos de canica³¹.

(28) FUENTES, Carlos, *RMT*, p. 197.

(29) *Ibid.*, p. 196.

(30) Este no es un hecho aislado en la narrativa de Fuentes. En sus relatos, el hombre, por muchas atrocidades que haya cometido en su vida, siempre encuentra su «salvación» cuando es capaz de sentir amor. El caso de Federico Robles se repite en *La muerte de Artemio Cruz*, en el episodio entre Regina y Artemio; la muchacha muere y Cruz desde entonces vive el progresivo declive de su «humanidad». El tema, que tiene un claro precedente en la filosofía de Paz, merecería un estudio mucho más amplio de los que se le han dedicado debido a la importancia que tiene para comprender a muchos de los personajes de sus obras.

(31) FUENTES, Carlos, *RMT*, p. 491.

La segunda novela de Fuentes, *La muerte de Artemio Cruz*, recibe de una manera más directa la impronta de la ideología de Octavio Paz.

La acción de la obra se centra en las últimas horas de Artemio Cruz, potentado ex-revolucionario, que desde su lecho de muerte recuerda los hechos más significativos de su vida. Técnicamente, el relato presenta la gran novedad que significaba para su tiempo la distribución irregular de la materia narrativa en tres tipos de segmentos alternados, presididos respectivamente por uno de los tres pronombres personales del singular: «yo», «tú» y «él». Con ello se pretendía lograr una perspectiva completa y panorámica del personaje, abarcadora de su yo-consciente, su inconsciente, y los sucesos grabados profundamente en su memoria. En estos últimos, encabezados en la narración por el pronombre «él», se centra el argumento de la novela. En ellos se refiere la historia personal de Artemio Cruz, que coincide con el período de inicio, desarrollo y resultados del proceso revolucionario. De esta forma, el relato de los sucesos abre paso a múltiples reflexiones acerca de este momento histórico del que Artemio surge como un auténtico símbolo o representante. Pero *La muerte de Artemio Cruz* es mucho más que una novela realista de denuncia comprometida con un contexto e ideología concretos. Es una interpretación profunda de la historia mexicana y un intento de penetrar en lo más hondo del alma de la nación para tratar de encontrar el origen de esa trayectoria de violencia que la determina. Para ello, Fuentes —siguiendo las líneas directrices de su maestro Octavio Paz— no duda en acudir al mito, bajo cuya perspectiva enmarca la visión del tiempo en su país. Como señaló acertadamente el crítico René Jara³², los sucesos referidos a la vida de Cruz que se narran en la novela abarcan de 1903 a 1955; se trata exactamente de un período de 52 años equivalente al que conformaba el *xiuhmolpilli* o siglo azteca³³. La iniciación del ciclo tiene lugar con la huida del joven Cruz de la hacienda de Cocuya, que representa la «caída» del individuo en la historia tras abandonar el paraíso original de inocencia. Por su parte, el final del mismo se evidencia en el párrafo correspondiente a 1955, en el que el viejo Artemio, en la cúspide de su poder económico y político, pero en el punto más bajo de sus valores humanos, percibe la llegada de una nueva generación, que ha de sucederle, y cuyo representante es el joven Jaime Ceballos.

La vida de Artemio, contemplada a este nivel, surge como el paradigma de un ciclo de la historia de México que halla un referente más amplio en las numerosas alusiones a otras épocas que llevan a cabo distintos personajes del relato. Los momentos rememorados más importantes comprenden las fechas de 1810 —fecha de nacimiento de la vieja Ludivina y del «grito de

(32) JARA, René, «El mito y la nueva novela hispanoamericana. A propósito de "La muerte de Artemio Cruz"», en GIACOMAN, Helmy F., *Homenaje a Carlos Fuentes*, N. York, Las Américas Publishing Company, 1971, pp. 209-228.

(33) Este constituía una de las variadas formas en que se llevaba a cabo el cómputo del tiempo en el antiguo México. Para los nahuas, cada 52 años tenía lugar un cambio de ciclo, en el que se creía que el curso de la vida volvía a iniciarse. En esas fechas también se reproducían los temores sobre el fin del mundo, y se celebraban múltiples ritos y ceremonias.

Dolores»—, 1858 —guerra de reforma, de la que es testigo la familia Menchaca— y 1910 —momento de estallido de la Revolución Mexicana. Al igual que Paz, Fuentes contempla la historia de su país desde la independencia como una continua sucesión de revoluciones y guerras, cuyo proceso y culminación se reproduce una y otra vez fatalmente³⁴. Los idealismos y las utopías que generan los levantamientos acaban sucumbiendo ante algo más poderoso: una marca de origen que empuja a los vencedores a sustituir a los antiguos gobernantes manteniendo el «status» de opresión³⁵. Gamalial Bernal refleja así este proceso:

Artemio Cruz. Así se llamaba, entonces, el nuevo mundo surgido de la guerra civil; así se llamaban quienes llegaban a sustituirlo. (...) Desventurado país que a cada generación tiene que destruir a los antiguos poseedores y sustituirlos por nuevos amos, tan rapaces y ambiciosos como los anteriores³⁶.

Ese «pecado original» del mexicano encuentra su raíz nuevamente en la violación primordial que produce el complejo de «hijos de la Malinche» e inaugura la dinámica impuesta por el verbo «chingar», verdadero estigma generador de los ciclos repetidos inexorablemente en el país:

La chingada que envenena el amor, disuelve la amistad, aplasta la ternura, la chingada que separa, la chingada que destruye, la chingada que emponzoña³⁷.

Fuentes ve la respuesta al problema en una solución idéntica a la expresada por Paz en *El laberinto de la soledad*: el mexicano ha de conocerse a sí mismo, y ello supone la necesidad de volver los ojos hacia su propia historia y de «asesinar» a la «chingada», rompiendo esa dialéctica fatal:

Matémosla: matemosa esa palabra que nos separa, nos petrifica, nos pudre con su doble veneno de ídolo y cruz: que no sea nuestra respuesta ni nuestra fatalidad³⁸.

También el amor, esa forma de «comuni6n» con el «otro», es visto por Fuentes como una de las soluciones; tal es el sentido de ese retorno obsesivo

(34) Klaus Meyer-Minnemann ha señalado incluso la extraña regularidad con que se han venido produciendo estas convulsiones periódicas en la historia del país. A la revolución de 1910 le precede la guerra de reforma, que tiene lugar exactamente 52 años antes, en 1858, y ésta a su vez tiene como precedente el inicio de la independencia en 1810, fecha cercana también al cumplimiento del ciclo. (En «Tiempo cíclico e historia en *La muerte de Artemio Cruz* de Carlos Fuentes», en *Iberorromania*, n.º 7, Tubinga, 1978, pp. 88-105.)

(35) Estas sucesivas etapas tienen sus representantes concretos en la novela. Así, la burguesía criolla se identifica con los Menchaca, la oligarquía porfirista con los Bernal, la post-revolucionaria con Artemio y la nueva generación con Jaime Ceballos. Todos ellos han medrado a la sombra de los bienes que les han arrebatado a los anteriores.

(36) FUENTES, Carlos, *La muerte de Artemio Cruz*, México, FCE, 1962, p. 50.

(37) *Ibid.*, p. 146.

(38) *Ibid.*, p. 146.

de la mente agonizante del protagonista al recuerdo de Regina, la joven que amó en su juventud y con quien vivió sus momentos de mayor plenitud que ahora, cuando ya es tarde, desea recobrar:

Las cosas y sus sentimientos se han ido deshebrando, han caído fracturadas a lo largo del camino: allá, atrás, había un jardín: si pudieras regresar a él, si pudieras encontrarlo otra vez al final³⁹.

* * *

A partir de estos años la «filosofía de lo mexicano» comienza a rendir sus últimos frutos como corriente ideológica predominante. En 1969 Leopoldo Zea, en su obra *La filosofía americana como filosofía sin más*, pone de relieve su agotamiento y advierte el nacimiento de una «filosofía de la acción» que va ganando terreno progresivamente a la anterior dirección especulativa:

Se perfila una nueva actitud filosófica, preocupada más por la acción eficaz que por la teoría. (...) No sólo acción, sino filosofía de la acción encaminada a subvertir, a cambiar un orden en el que la auténtica esencia del hombre ha sido menoscabada. Filosofía que aspira a realizar el mundo que la filosofía que la antecedió hizo patente como necesidad⁴⁰.

En esta nueva fase habrían sido determinantes ciertos factores de índole socio-económico, como el reforzamiento del neo-colonialismo impuesto por el imperialismo norteamericano sobre los países de la América Latina, que condujo a la creación de amplios movimientos de oposición que a menudo han llegado a ejercer la lucha armada. Zea señala como teóricos importantes de esta nueva época a autores como Orlando Fals Borda, Camilo Torres o el Che Guevara.

* * *

El proceso aquí descrito, aunque centrado en México, es similar al de la gran mayoría de las repúblicas latinoamericanas. En ellas sigue latente hoy día el problema de la búsqueda de unas señas de identidad que las distinguan, a lo cual se ha de unir la exaltación de lo propio ante el creciente poderío norteamericano. También la literatura, y más especialmente la novela, se hace eco de esta situación, de forma que en la llamada narrativa del «boom» resulta frecuente la denuncia de la situación del continente, que supone en varios casos una llamada, directa o soterrada, a la acción.

Quizá, después de todo lo dicho, se podría concluir que tras casi cinco siglos de existencia América Latina aún no se ha encontrado a sí misma y, en gran medida, continúa siendo un Continente en busca de una definición.

(39) *Ibid.*, p. 17.

(40) ZEA, Leopoldo, *La filosofía americana...*, pp. 159-160.

El primer punto de vista es el de la producción de bienes y servicios. En 1959, la producción de bienes y servicios en los Estados Unidos aumentó un 10.5 por ciento con respecto a 1958. Este aumento se debió principalmente a un aumento del 12.5 por ciento en la producción de bienes de consumo duraderos, que se debió a un aumento del 15.5 por ciento en la producción de automóviles y camionetas. La producción de bienes de consumo no duraderos aumentó un 8.5 por ciento, y la producción de bienes de capital un 5.5 por ciento.

El segundo punto de vista es el de los precios. En 1959, el índice de precios al consumidor aumentó un 1.5 por ciento con respecto a 1958. Este aumento se debió principalmente a un aumento del 2.5 por ciento en los precios de los alimentos y bebidas, que se debió a un aumento del 3.5 por ciento en los precios de los alimentos básicos.

El tercer punto de vista es el de los salarios. En 1959, los salarios reales aumentaron un 1.5 por ciento con respecto a 1958. Este aumento se debió principalmente a un aumento del 2.5 por ciento en los salarios de los trabajadores no agrícolas, que se debió a un aumento del 3.5 por ciento en los salarios de los trabajadores de la industria manufacturera.

En esta nueva fase también se determinan ciertos factores de trabajo. El primer factor es el de la fuerza de trabajo. En 1959, la fuerza de trabajo en los Estados Unidos aumentó un 1.5 por ciento con respecto a 1958. Este aumento se debió principalmente a un aumento del 2.5 por ciento en la fuerza de trabajo de los hombres, que se debió a un aumento del 3.5 por ciento en la fuerza de trabajo de los hombres de la industria manufacturera.

Camilo Torres y el Che Guevara

El segundo punto de vista es el de la producción de bienes y servicios. En 1959, la producción de bienes y servicios en los Estados Unidos aumentó un 10.5 por ciento con respecto a 1958. Este aumento se debió principalmente a un aumento del 12.5 por ciento en la producción de bienes de consumo duraderos, que se debió a un aumento del 15.5 por ciento en la producción de automóviles y camionetas.

El tercer punto de vista es el de los salarios. En 1959, los salarios reales aumentaron un 1.5 por ciento con respecto a 1958. Este aumento se debió principalmente a un aumento del 2.5 por ciento en los salarios de los trabajadores no agrícolas, que se debió a un aumento del 3.5 por ciento en los salarios de los trabajadores de la industria manufacturera.